

EL FRACASO DE LA PRIMERA REPÚBLICA PORTUGUESA (1910-1926): RAZONES DE UNA CRISIS

The failure of the first portuguese republic (1910-1926): Background to a crisis

Francisco de LUIS MARTÍN
Universidad de Salamanca

Fecha de aceptación definitiva: mayo 2006

RESUMEN: La Iª República en Portugal representó el final de un largo ciclo político de carácter liberal iniciado en el siglo XIX y que daría paso a un régimen dictatorial de más de cuarenta años. Aquel sistema, recibido con esperanza por una gran parte del país, acabó inmerso en un estado de desencanto generalizado que propiciaría el golpe de 1926 y su amplio apoyo social. La dinámica política de aquellos tormentosos años es el mejor exponente y el punto de condensación de la situación vivida en Portugal. En ella vamos a centrar nuestras reflexiones, con la intención de presentar una síntesis explicativa de los principales factores que coadyuvaban a entender el fracaso de aquella singular experiencia republicana.

Palabras clave: República, democracia, inestabilidad, autoritarismo, crisis.

ABSTRACT: Portugal's first republic meant the end of a long liberal political cycle that began in the 19th century and that would give rise to a dictatorial regime lasting more than 40 years. That system, received with hope by a large part of the country, ended up immersed in a state of generalized disenchantment which fostered the coup in 1926 and its broad social support. The political dynamics of those stormy years is what best explains this situation in Portugal. We are going to focus our reflection on this in order to present an explanatory synthesis of the main factors contributing to the failure of that singular experience of a republic.

Keywords: Republic, democracy, instability, authoritarianism, crisis.

La Primera República Portuguesa representa una etapa crucial del Portugal contemporáneo. Caracterizada por la complejidad de las situaciones vividas tanto en el interior del país como en el ámbito internacional, por la reproducción y el entrecruzamiento de fenómenos típicos de los siglos XIX y XX y por la variedad de las fórmulas políticas desplegadas a lo largo de sus dieciséis años de vida —una singular democracia parlamentaria, varios gobiernos autoritarios, ministerios de izquierda radical, algunas dictaduras militares y hasta un original y pionero ensayo prefascista—, la Primera República se convertirá en una especie de clave de bóveda sobre la que va a pivotar la historia posterior de Portugal. El Estado Novo —que mantuvo formalmente la República—, la revolución de los claveles y la posterior construcción —larga y compleja— del sistema democrático tuvieron siempre como referente —bien que de distinto signo— la experiencia republicana así como sus logros y sus limitaciones.

Para un historiador español, su análisis —como el de otros períodos de la historia contemporánea portuguesa— presenta, además, un valor añadido por los evidentes paralelismos que surgen a cada momento con la historia de nuestro país y la posibilidad, por tanto, de intentar realizar una historia comparada que ponga en claro esos paralelismos con sus muchas semejanzas pero también con sus no pocas diferencias. En ese sentido y por citar unos pocos ejemplos, el militarismo y la intervención política del Ejército, la prolongada crisis del sistema liberal, las variantes republicanas de ese sistema, los ensayos autoritarios, la dinámica económico-social, el movimiento obrero, los grupos y movimientos ideológicos contrarrevolucionarios y fascistas, el colonialismo y sus efectos o la política internacional forman parte de un abigarrado mapa de asuntos o temas que son susceptibles de ser analizados de forma comparada. Sin olvidar las «vidas paralelas» —con sus notas distintivas, claro está— que a simple vista presentan figuras como Bernardino Machado y Alcalá Zamora, Afonso Costa y Manuel Azaña, Paiva Couceiro y Sanjurjo, Sidónio Pais y Primo de Rivera, Antonio Sardinha y Ramiro de Maeztu o Salazar y Franco.

Conviene aclarar de entrada que este trabajo se centra esencialmente —y no por capricho— en la historia política de la República portuguesa. En la presentación del último tomo de la *Historia de Portugal* dirigida por José Mattoso (Editorial Estampa, 1996), el prof. Rui Ramos, su coordinador, señalaba que el plano fundamental de aquella etapa, su punto de condensación, fue, sin lugar a dudas, la política y las luchas que engendró la conquista y el mantenimiento del poder político. Es obvio, sin embargo, y Ramos también conviene en ello, que la política es inseparable de factores como las relaciones sociales, la estructura socioeconómica, las líneas de fuerza culturales e ideológicas o las relaciones internacionales. Esa es la razón por la que el hilo conductor que representan los principales acontecimientos políticos aparezca respaldado por otras variables —sociales, culturales, económicas...— y que, con el fin de delinear un balance lo más completo posible de la República, intentemos plantear a modo de conclusión una síntesis que refleje la interacción de los diferentes planos o ámbitos de estudio.

La relación bibliográfica que aparece al final de estas páginas y que se presenta dividida —por razones meramente didácticas o de manejabilidad— en siete grandes apartados, recoge las obras y los artículos que hemos utilizado para elaborar este estudio. No es, obviamente, un listado ni cerrado ni completo, pero creemos que incluye y representa lo fundamental de la investigación histórica —en Portugal y en España sobre todo— sobre la Primera República portuguesa en los últimos decenios.

HISTORIOGRAFÍA DE LA REPÚBLICA: UN BREVE ESTADO DE LA CUESTIÓN

La historiografía de la I^a República, como en general la de otras etapas de la historia de Portugal, tiene en la caída del Estado Novo un antes y un después, como ha subrayado José Tengarrinha en un espléndido ensayo titulado «La historiografía portuguesa en los últimos veinte años» publicado en 1997 en la revista *Ayer* (nº 26, pp. 19-63). La persecución, la censura y el control político-ideológico de la Universidad durante la larga etapa del salazarismo, hizo que muchos historiadores padecieran el exilio o el silencio. Por otro lado, la historiografía oficial hizo de la Historia Moderna el campo privilegiado y casi único de análisis. Prácticamente nadie —salvo algunos historiadores marginados de los centros universitarios— se aventuró en la edad contemporánea, cuyos estudios, especialmente los relativos a la República, eran desaconsejados cuando no sencillamente prohibidos. Más allá de algunos trabajos muy puntuales que aparecieron en determinadas revistas, se puede afirmar que sólo a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta algunos historiadores se adentraron decididamente en la contemporaneidad. Aunque privilegiando el siglo XIX y el liberalismo, aparecen entonces, bien que con algunas limitaciones metodológicas, los primeros trabajos sobre la República. Sus autores fueron Joel Serrão, Victor de Sá, Augusto da Costa Dias, Manuel Villaverde Cabral, Oliveira Marques y José Tengarrinha.

Desde 1974 esta tendencia se ha acentuado, produciéndose una verdadera «explosión» de la Historia Contemporánea. En relación con la Primera República se produjo no sólo un notable incremento cuantitativo, sino, sobre todo, una gran diversidad temática y el empleo de nuevas metodologías. Esquematizando, podemos señalar cuatro principales rasgos innovadores. En primer lugar, se conseguía liberar su estudio de la reductora dicotomía apología/apostasía en que quedó varado durante la dictadura; en segundo lugar, una preocupación por insertar a Portugal en el contexto europeo, lo que quitaba a la República muchos de aquellos aspectos de «excepcionalidad» con la que habitualmente había sido considerada; en tercer lugar, la tendencia creciente a la globalización, haciendo converger diferentes vertientes y entretegiendo así una visión más completa y dinámica de la sociedad republicana; en cuarto lugar, se consideraba 1910 no ya desde una simple perspectiva de ruptura política, sino como un marco importante inserto en un proceso de construcción del Estado contemporáneo iniciado con la revolución liberal de 1820.

Hoy disponemos de una vastísima bibliografía sobre la República. Un estudio detenido de la misma no cabe en un trabajo de estas características. En todo caso, las principales obras y sus autores están recogidos, como ya se dijo, en la relación bibliográfica que aparece al final del artículo. Si quisiera señalar, no obstante, que Portugal presenta hoy una nómina nada desdeñable de consagrados especialistas en casi todas las áreas de estudio de la República. Generalistas como Oliveira Marques, Rui Ramos, Ribeiro Lopes, Joel Serrão o José Tengarrinha; historiadores de la economía como Villaverde Cabral, Mirian Halpern Pereira, David Justino, Fernando Medeiros o Jaime Reis; especialistas en movimiento obrero y movimientos sociales, como María Filomena Mónica, Carlos da Fonseca, Edgar Rodríguez o Pacheco Pereira; estudiosos del republicanismo y sus fuentes ideológicas como Fernando Catroga o Carvalho Homen; de la política, como David Ferreira, Raul Rego, Antonio Telo, Fernando Rosas, Luis Reis Torgal o Freire Antunes; de las relaciones Iglesia-Estado, como Manuel de Oliveira o Manuel Braga da Cruz; del papel del ejército, como Manuel Carrilho; de la demografía, como Sacuntala de Miranda; de la educación y la cultura, en fin, como Catroga, Farelo Lopes, Juan José Dias o Manuel Machado.

No quisiera terminar este apartado sin un rápido comentario al creciente interés que por la historia contemporánea de Portugal se puede apreciar actualmente en nuestro país, tal y como ha puesto de manifiesto Hipólito de la Torre en el número de *Ayer* mencionado más arriba (pp. 65-80). En los últimos tiempos se ha constituido un pequeño pero ferviente grupo de lusistas que de día en día ve aumentar sus efectivos. Sin perder de vista la pionera aunque aislada obra de Jesús Pabón, *La revolución portuguesa*, escrita entre 1941 y 1945, y otras aportaciones esporádicas posteriores, se puede afirmar que el arranque definitivo del lusismo historiográfico español tiene lugar a principios de los años 60 de la mano de José M^a Jover y Pilar Vázquez Cuesta —ésta desde el campo de la literatura y la cultura—, si bien inicialmente estuvo centrado casi exclusivamente en el siglo XIX. Desde mediados de la pasada década se produce un escoramiento hacia el siglo XX, aunque hemos de reconocer que la Primera República no ha sido un campo privilegiado de estudio. Bullón de Mendoza, González Cuevas, Jiménez Redondo, Langa Laorga, Cuenca Toribio, Chato Gonzalo, Rocamora Rocamora, Rodríguez Gaytán de Ayala, Fernández Clemente, Sánchez Cervelló y, sobre todo, Hipólito de la Torre, conforman lo más principal de un lusitanismo que, aunque ha cubierto ya importantes vacíos y lagunas, sigue estando aún muy necesitado de historiadores y de trabajos.

LOS ANTECEDENTES DE LA REPÚBLICA

Antes de pasar al estudio de la crisis final de la Monarquía en Portugal y los antecedentes inmediatos de la República, parece oportuno señalar, siquiera sea brevemente, un conjunto de procesos históricos que aparecen a lo largo del siglo

XIX y que, en mayor o menor medida, van a incidir sobre el desarrollo político-social de la República. Dichos procesos serían los siguientes:

1. El peso de Gran Bretaña en la vida política y económica portuguesa. Portugal fue durante mucho tiempo una especie de colonia inglesa, estableciéndose una «relación de dependencia» que condicionó buena parte del devenir histórico del país vecino.
2. El enfrentamiento entre liberales y absolutistas, con la aparición del «miguelismo» y sus guerras civiles, contencioso no cerrado del todo al terminar el siglo.
3. La división interna del liberalismo a imagen y semejanza de lo ocurrido en España y Francia.
4. El caudillismo personalista y su recurrencia, del que son buena muestra «el cabralismo» y «el fontismo».
5. Las revoluciones populares propias más bien del Antiguo Régimen, como la «Patuleia» y «María da Fonte». Revoluciones que ponían de manifiesto las duras condiciones de vida de las clases populares. Unas clases que se vieron obligadas a utilizar de forma masiva la emigración al extranjero como vía de solución a su situación, convirtiéndose así dicha emigración en un factor estructurante de la economía portuguesa.
6. La pérdida de Brasil y el vuelco colonial hacia África, dando lugar a un interés obsesivo por mantener y acrecentar un gran imperio, con todo lo que ello supuso en la escena internacional y en el interior del país.
7. La «Regeneração» —la Restauración a la portuguesa—, con sus notas principales: el «rotativismo» excluyente, el caciquismo y la corrupción electoral, que aseguraban el control político-social de las dos formaciones dinásticas y de sus clientelas. El Estado estuvo en todo momento dominado por la oligarquía agraria y por sectores de la alta burguesía comercial o exportadora.
8. El papel del ejército, muy activo siempre, árbitro y sostén de la vida pública y con figuras militares en la dirección de los partidos políticos. Militaradas, pronunciamientos y golpes de Estado llenan el ochocientos portugués.
9. El atraso agrícola y la revolución agraria abortada, lo que permitió que en el norte siguiera predominando el minifundismo y en el sur la gran propiedad, formas ambas que dificultaron el proceso de modernización en Portugal.
10. El débil desarrollo industrial y la consiguiente típica situación de «intercambio desigual» que vivió Portugal. El capitalismo prefirió apostar por la agricultura y por África, antes que lanzarse al desarrollo de la industria nacional. En consecuencia, el mundo rural y provinciano dominó la estructura de la sociedad.
11. Las deficiencias del «capital humano», derivadas fundamentalmente de una inexistente política oficial de instrucción pública, lo que derivó en

tasas de analfabetismo que alcanzaban al 80 y aún al 90% de la población.

Como tendremos oportunidad de ver, algunos de estos fenómenos —de larga duración— se mantendrán sin apenas cambios a lo largo de la etapa republicana.

El colapso final de la Monarquía se produjo a lo largo del último decenio del siglo XIX y el primero del XX. Desde 1890 Portugal se encontraba inmerso en una profunda crisis de Estado. Los gobiernos monárquicos se revelaron incapaces de solucionar los graves problemas políticos y socio-económicos que afligían a la sociedad portuguesa. La incapacidad de promover el total aprovechamiento de los recursos económicos acentuó la dependencia del extranjero y el déficit de la balanza comercial continuó acentuándose. En consecuencia, los precios subieron y las tensiones sociales se agudizaron.

A partir de los primeros años del XX, los problemas fueron en aumento. El endeudamiento y la inflación se recrudecen, las condiciones de vida de la mayoría de la población se deterioran, las huelgas se intensifican y las dificultades económicas del Gobierno, como ha subrayado Villaverde Cabral, se hacen alarmantes. Paralelamente, las escisiones en el seno de los partidos dinásticos se suceden entre 1901 y 1905. Regeneradores y progresistas procuran controlar la situación solicitando al rey D. Carlos la disolución del Parlamento. El monarca, sin embargo, rehusa tal pretensión y la crisis del rotativismo, que se arrastraba desde la última década del XIX, se hace mucho más aguda. El rey procuraría solucionarla a su manera, llamando a João Franco a formar Gobierno en 1906 y dando paso así a una dictadura que contribuiría profundamente —en unión de otros elementos— al descrédito y la crisis final de la monarquía parlamentaria en Portugal.

El republicanismo, cuyos progresos fueron inicialmente lentos, vacilantes y marcados por la desunión, pretendía acabar con la monarquía y establecer un régimen democrático. Este objetivo surge claramente en todos sus ideólogos, desde Antero de Quental, Teófilo Braga u Oliveira Martins hasta Sampaio Bruno o Basilio Teles. Muchos de ellos formarían parte de la llamada «Generación de 1870», movimiento intelectual que contaba además con figuras de la talla de Eça de Queiroz o Guerra Junqueiro y que tras fundar en 1868 en Lisboa el grupo llamado «Cenáculo» organizaría las famosas conferencias democráticas del casino lisboeta en 1871.

A partir de 1880, impulsado por el agotamiento del rotativismo y de la regeneración monárquica, el republicanismo remonta el vuelo. Abandona su estrategia anterior de signo «legalista» y se lanza a una crítica contundente de la monarquía. En 1883 los diferentes grupos se unen en el Partido Republicano Unitario que enarbola la bandera de un patriotismo de vocación colonial, defiende el anticlericalismo y tiene como modelo la III^a República Francesa. Como ha expuesto Carvalho Homen, las fuerzas republicanas supieron explotar inteligentemente las celebraciones y manifestaciones cívicas que tuvieron lugar con motivo de los centenarios de Camões (1880) y del Marqués de Pombal (1882) y, sobre todo,

salieron muy fortalecidas por la fuerte sacudida emocional de la crisis del Ultimátum de 1890 que acumuló contra el régimen monárquico acusaciones de corrupción y de ineficacia, transformando de paso al PRP en el Partido de «Salvación Nacional» como afirmaban sus dirigentes. Por otro lado, algunos monárquicos descontentos, entre los que sobresalía Bernardino Machado, futuro presidente de la República, se adhieren al republicanismo, al tiempo que éste ve aumentar considerablemente sus efectivos.

La historia de la República y del republicanismo resultaría ininteligible sin una referencia a la organización secreta masónico-republicana conocida con el nombre de La Carbonaria y de la que disponemos de abundantes datos gracias a las memorias de Magalhaes Lima, uno de sus grandes maestros. Fundada en 1895 por Luz de Almeida y empeñada directamente en el derrumbe de la monarquía, la Carbonaria integraba inicialmente elementos pequeño burgueses, en su mayor parte estudiantes y oficinistas reclutados generalmente de la facción más radical del PRP. Desde comienzos de siglo, crecería hasta transformarse en un verdadero movimiento popular con sólidas raíces entre el proletariado. Su participación en el movimiento revolucionario de 1910 fue intenso y decisivo. Antes, un carbonario, el joven Alfredo Costa, cajero de una tienda de Lisboa, acabó con la vida del rey D. Carlos, precipitando con su muerte la caída final de la monarquía.

Por último y habida cuenta de que la política portuguesa siempre se ha hecho en Lisboa y en menor medida en Oporto, convendría no olvidar que desde 1908 los republicanos controlaban la Cámara Municipal —el Ayuntamiento— de la capital de Portugal. Ese control facilitaría la labor de oposición y de movilización de masas y, al cabo, resultaría fundamental en las fechas históricas del 3 al 5 de octubre de 1910.

Si tuviéramos, por tanto, que enumerar de forma sintética los factores que explican el descrédito del parlamentarismo monárquico en su última etapa, habría que señalar al menos los siguientes:

1. El sistema caciquil impuesto por ambos partidos turnistas y, sobre todo, por el jefe de los regeneracionistas, Hintze Ribeiro.
2. La dictadura de João Franco, basada en el axioma «Pouca política, muita administração» —claro precedente de la ideología y la práctica primorriverista en España y del salazarismo en Portugal—. La dictadura, que cubre el periodo 1906-1908, tuvo una responsabilidad directa en el colapso final de la Monarquía. La represión y el recurso a la fuerza militar aisló cada vez más al régimen monárquico y favoreció el crecimiento y popularidad del PRP.
3. El intervencionismo personal de D. Carlos I y su identificación con la dictadura de J. Franco, lo que llevó a los monárquicos más liberales a adherirse al PRP, que ahora se presentaba más que nunca como la única «esperanza de salvación».
4. El Gobierno autoritario de Franco desembocaría en el regicidio de D. Carlos (1 de febrero de 1908), la subida al trono de D. Manuel II y su política de apertura («acalmação») que sería muy bien aprovechada por

los republicanos para intensificar su propaganda, sirviendo en última instancia de puente hacia la revolución de 1910.

5. Finalmente, el endeudamiento permanente por la expansión colonial, la inflación galopante entre 1900 y 1910 —no acompañada de aumentos salariales—, el deterioro de las condiciones de vida y la agudización de las tensiones sociales resultarían decisivas para la suerte última de la Monarquía y la configuración del republicanismo como solución a la degradación política, social y económica reinantes.

Con este telón de fondo, el golpe de Estado del 4 de octubre de 1910 se presentó no como un golpe de audacia, sino como la resultante final de un proceso que venía a liquidar un cuerpo político y socialmente inerte. Rápidamente obtuvo el apoyo del pueblo y de importantes sectores de la burguesía comercial, industrial y agrícola. Apenas hubo resistencia. Como han señalado Medeiros Ferreira o Manuel Carrilho, la oficialidad del Ejército, en una especie de «pronunciamiento negativo», renunció a emplearse a fondo en defensa de unas instituciones desacreditadas. Victoriosos los republicanos en la capital, el resto del país se limitó a asentir cuando el nuevo régimen se le impuso «por telégrafo». Había nacido la República.

LOS ACTORES Y SUS PAPELES CAMBIANTES EN LA REPÚBLICA: PARTIDOS, FUERZAS POLÍTICAS, LÍDERES Y CAUDILLISMOS

Antes de pasar a hacer un estudio detenido de los principales grupos y fuerzas políticas que protagonizaron la experiencia republicana, conviene llamar la atención, siquiera sea brevemente, sobre tres aspectos que nos parecen esenciales y que van a condicionar de manera notable la dinámica del nuevo régimen. En primer lugar, la confusión y división —cabría hablar incluso de atomización para algunas fases— de los partidos políticos, enfermedad que, como han indicado David Ferreira o Joel Serrão, surgiría ya desde los mismos inicios del sistema y que agravaría los intensos rasgos desestabilizadores de la vida pública. La emergencia de tendencias en el seno del viejo PRP, las primeras escisiones, las sucesivas disidencias y la aparición de diferentes grupos configuran una realidad política verdaderamente compleja y, como antes señalaba, bastante confusa.

Un segundo elemento, que sin duda coadyuva a explicar esa división, auténtico cáncer de la República, fueron los personalismos de los dirigentes y, en el caso de algunos, sus propensiones a la corrupción, lo que daría origen a lo que ya en aquel tiempo se conocería con el nombre de los «escándalos» del régimen. Si durante la primera etapa del mismo, el personalismo de dirigentes —los «dioses»— como Afonso Costa, José de Almeida o Brito Camacho condicionó la suerte de los partidos y de la misma República, más tarde, desaparecidos esos líderes, más que de partidos habría que hablar de facciones que seguían a éste o aquél dirigente.

El tercer y último aspecto es la poca participación del pueblo en la vida política, que se convirtió de este modo en una especie de «juego de casino». La República, burguesa y laica, cuyas fronteras sociológicas apenas rebasaban el estrecho universo de la modernidad urbana, tuvo desde el principio dificultades insuperables para transformar en adhesión positiva la vigorosa mitología redentora que había encandilado a una gran parte de la opinión el 5 de octubre. Como señala Hipólito de la Torre, perdió pie en el «pequeño país» del mundo obrero, muchos de cuyos elementos habían distraído su potencial reivindicativo hacia la lucha antimonárquica, y perdió pie también en el «gran país» rural, católico y conservador, indiferente al cambio de régimen, pero desconocido y agredido por el reformismo —laicista— republicano. Todo ello sin olvidar que las leyes electorales de 1911 y 1913 redujeron el porcentaje de los votantes a niveles inferiores incluso a los de la Monarquía —fundamentalmente por el temor al voto rural conservador—.

El Partido Republicano Portugués es el partido original, el tronco común, del que surgirían por sucesivas escisiones y agrupamientos todos los que van a ocupar el poder durante estos años. Democracia política, regeneración de la vida pública, secularización del Estado y de la sociedad, anticlericalismo, nacionalismo portugués y vocación colonialista serían probablemente sus rasgos más definidores. Su corrosiva propaganda antimonárquica logrará crear un intenso estado de agitación en la conciencia del país que cristalizará el 5 de octubre de 1910. Sin embargo, bien pronto el viejo partido se disgregó en varias tendencias. Tres fueron, finalmente, los partidos constituidos, aunque posteriormente, sobre todo en los años veinte, nacerían otras formaciones políticas como resultado de disidencias y fusiones entre los mismos.

El Partido Democrático, el más radical y el mejor organizado políticamente. Sobre él basculó —para bien y para mal— casi toda la vida política republicana, hasta el punto de que muchos identificaron a los democráticos con la República, calificando al régimen de «tiranía jacobina» o «tiranía democrática». Su órgano de prensa era el diario *O Mundo* y sus principales líderes fueron Sá Cardoso, Liberato Pinto, Antonio María da Silva —influyente dirigente carbonario— y, sobre todo y por encima de todos, Afonso Costa —en quienes algunos han querido ver el Manuel Azaña portugués—, encarnación del democratismo, de sus grandezas y miserias. Costa, abogado de prestigio, hombre audaz, sería ministro y Presidente del Gobierno. Él fue la personalidad más relevante del régimen republicano. Como afirmó José Luciano, el drama de la República fue que no pudo vivir con Afonso Costa pero tampoco sin él.

El Partido Evolucionista. Los evolucionistas fueron los más conservadores, opuestos siempre o casi siempre al «jacobinismo democrático» y dispuestos a una política de reformas graduales y en absoluto radicales. Contó con un órgano periodístico —*República*— y sus líderes más representativos fueron Teófilo Braga —el filósofo e ideólogo de la primera hora republicana— y sobre todo Antonio José de Almeida, médico, tribuno elocuente y cuyo prestigio descansó en buena medida en su honradez y falta de codicia, condiciones que algunos contrastaron

con las del líder democrático, envuelto en algunos escándalos financieros y acusado de nepotismo y venalidad.

El Partido Unionista representó al centro republicano. Admiradores de Clemenceau y de su obra, tuvieron también un diario propio, *A lucta*, y cabezas visibles, como Augusto de Vasconcellos y, principalmente, Manuel Brito Camacho. Éste último, médico militar, intelectual y publicista, se mostró casi tan descontento con el poder de la monarquía como con la avalancha republicana representada en Afonso Costa. Perpetuo disidente, se emplearía a fondo en la lucha final contra la monarquía, para apoyar después a las dictaduras de Pimenta de Castro y Sidónio Pais, instauradas contra la democracia republicana.

Con poca o nula organización, sin apenas dirigentes de talla —y sin el apoyo expreso de la Iglesia—, el monarquismo tan solo tuvo algún tipo de presencia en la zona rural del norte del país (Miño, Beiras, etc). Con el paso del tiempo, se escindiría en dos tendencias: una primera, que en la etapa de Sidónio Pais formaría la llamada Comisión Electoral Monárquica (1918), era partidaria de intervenir en política, si bien la falta de «perspectiva monárquica» hizo que, incluso durante el sidonismo, adoptara una actitud distante y recelosa. La segunda venía configurada por los partidarios del retorno de la monarquía mediante un golpe de fuerza. Su representante más arquetípico fue el capitán Henrique de Paiva Couceiro, héroe de la guerra africana y uno de los pocos que se batió en las calles de Lisboa en octubre de 1910 para tratar de contener la revolución republicana. Confiado en una posible sublevación de los pueblos del norte contra el régimen, Paiva llevó a cabo una serie de incursiones militares desde su base en Galicia en octubre de 1911 y julio de 1912 sin éxito alguno. Su «gesta» más importante sería el golpe militar dado en Oporto en enero de 1919 en un momento de confusiónismo político en el país tras el asesinato del dictador Sidónio Pais. Tras proclamarse la «Monarquía del Norte» en Oporto, Viseo, Braga y otras poblaciones, el Gobierno de José Relvas acabaría con ella apenas un mes después de su proclamación. Paiva Couceiro emprendería entonces, una vez más, el camino del exilio. La monarquía, como es sabido, no se volvería a instaurar en Portugal.

Aunque el movimiento obrero organizado en Portugal fue pequeño y reducido a las grandes urbes de Lisboa y Oporto y la zona del Algarve, el movimiento huelguista, tal como revelan los estudios de María Filomena Mónica o Edgar Rodríguez, reapareció en 1911 y en los años siguientes una vez que sus dirigentes y militantes constataron la falta de soluciones a los profundos problemas socioeconómicos heredados de la monarquía. La represión violenta del Gobierno de Afonso Costa —que venía a sustituir a una primera postura gubernamental de conciliación— no impidió la confrontación abierta ni el reforzamiento del movimiento obrero bajo la influencia y la dirección del anarcosindicalismo, fuerza dominante y cada vez más inclinada a la acción armada y la huelga revolucionaria. En 1914, en Tomar, nació la Unión Obrera Nacional con unos 90.000 afiliados. Cinco años después, su sucesora desde el Segundo Congreso Obrero (septiembre de 1919), la Confederación General del Trabajo (CGT), canalizaría la aguda crisis social de postguerra vivida en Portugal. En 1923 contaba con 150.000 afiliados,

tenía en *A Batalha* su principal órgano de expresión y representaba la tendencia abrumadoramente mayoritaria del sector obrero portugués, frente a un Partido Socialista que insistía inútilmente en medrar dentro del marco político del régimen, y al lado de un muy débil Partido Comunista, surgido en 1921 como disidencia de la propia CGT y que dos años más tarde, en su punto más alto, no rebasaba los 3.000 afiliados, según estimaciones realizadas por Pacheco Pereira.

Finalmente, habría que mencionar al grupo radical y terrorista conocido con el nombre de Legión Roja (Legião Vermelha), formado en 1919 por elementos anarquistas y comunistas y que, sobre todo en Lisboa, llevaría a cabo acciones muy violentas. Agitando el fantasma de la revolución social —la revolución rusa se presentaba como referente y modelo a seguir—, atemorizó aún más a las clases conservadoras que, finalmente, ante el miedo de que el Estado republicano no pudiera asegurar el orden y la defensa de sus intereses, convergerían en busca de una salida autoritaria.

Muy brevemente, no quisiéramos dejar de señalar algunas de las «otras» fuerzas políticas, sociales o culturales que tuvieron también una especial relevancia durante el periplo republicano. Hemos hablado ya de la importancia de la Masonería y de su prolongación práctica, el Carbonarismo. Su papel central en el origen del régimen está fuera de toda duda. Con razón pudo afirmar en sus memorias Machado Santos, el «fundador de la República», que «la Masonería es la madre de la Revolución en Portugal». La Carbonaria se convirtió en una especie de fuerza pública al servicio del régimen y dispuesta a dar la batalla a sus enemigos. Aunque parece exagerado, algunos autores sostienen que Sebastián de Magalhães Lima, elegido en 1907 Gran Maestre del Gran Oriente Portugués, fue una especie de conductor en la sombra de Portugal.

Más tarde, se crearía un nuevo grupo secreto, la Hormiga Blanca, cuyo jefe parece que fue Afonso Costa y cuya presencia en las instituciones republicanas y aún en el ejército coadyuvaría a la dominación política de los democráticos.

Otra institución que conviene tener muy en cuenta es la Guardia Nacional Republicana, fuerza armada creada para defender el nuevo régimen y asegurar el orden en las ciudades y pueblos del país. Sin connotación política oficial, la Guardia Nacional intervino en multitud de actos y circunstancias de la vida portuguesa, tomando partido por unas situaciones y combatiendo otras. A partir de 1919, su politización resultó para muchos evidente. Convertida en un verdadero pseudoejército y dotada de gran poder e influencia —lo que provocó las iras de no pocos sectores castrenses—, los militares afectos al Partido Democrático ocuparon en ella los puestos de mayor importancia. Bajo la dirección de Liberato Pinto compareció en la lucha de los partidos, participó en golpes de fuerza y se convirtió, al cabo, no sólo en el brazo ejecutor —y represivo— del democratismo, sino incluso en una nueva y temida fuerza política.

No podía terminarse este apartado sin mencionar a dos sectores intelectuales de signo radicalmente distinto y cuya relevancia merece al menos un comentario. Uno es el grupo Seara Nova, fundado en octubre de 1921 por Jaime Cortesão y Raúl Brandão y cuya revista, del mismo nombre, tiene mucho en común a nuestro

juicio con la española *Revista de Occidente*, que nace sólo dos años después de aquélla. Heredero del movimiento conocido como «A Renascença Portuguesa», su objetivo, como revelan los estudios de Farelo Lopes, Antonio Ventura o João Medina, fue la renovación de la vida cultural y artística en Portugal. Profesores, funcionarios, pintores, escritores y músicos formaron en sus filas. El segundo grupo — en no pocos sentidos en las antípodas del anterior— es el Integralismo Lusitano, expresión ideológica de los sectores más inmovilistas de las clases conservadoras portuguesas. Este movimiento intelectual contrarrevolucionario, que tan bien ha diseccionado González Cuevas en un magnífico ensayo aparecido en la revista *Proserpina*, nació en 1913, tuvo como principal modelo doctrinal a la Action Française de Charles Maurras y apoyaría con entusiasmo la llegada del Estado Novo, aunque luego, como ha estudiado Costa Pinto, algunos de sus miembros —a causa sobre todo de la inviabilidad de la monarquía representativa, uno de sus principales dogmas ideológico-políticos— se enfrentaran a Salazar. Domingo Araujo, Luis Almeida y Braga, Alberto Monsaraz, Rolão Preto y, sobre todo, Antonio Sardinha y José Pequito Rebelo fueron sus principales representantes.

DESARROLLO Y PRINCIPALES FASES DEL RÉGIMEN REPUBLICANO

La República se caracterizó por una enorme inestabilidad política, recorrida por muy diversas etapas y coyunturas tanto nacionales como internacionales. De forma quizá un tanto reductora, podría hablarse de un permanente estado de vaivén en el que se alternaron fases de gobierno parlamentario con otras de gobiernos autoritarios o dictaduras, dibujando de este modo un proceso político caracterizado por el dualismo «evolución-involución». En el tracto histórico que cubre, se registraron nada menos que veintidós movimientos políticos que podrían descomponerse en revoluciones triunfantes, revoluciones malogradas, golpes de Estado, pronunciamientos e incursiones militares. Por otro lado, la República reflejaría en su decurso una situación internacional muy cambiante que contempla, entre otras variables significativas, el colonialismo europeo, su fase imperia-lista, la 1ª Guerra Mundial, la crisis de entreguerras y la emergencia del comunismo y del fascismo en el continente. Todo ello sin olvidar el papel central que el ejército —continuando así una situación que venía de la época de la monarquía— jugó en el nuevo régimen, primeramente a través de figuras y personalidades individuales que defendieron unas u otras opciones políticas y más tarde, de forma institucionalizada y cuya manifestación más señalada sería, sin lugar a dudas, el golpe de Estado que acabaría con la República.

El Gobierno Provisional que se formó el mismo día de la proclamación de la República estaba constituido por un elenco de figuras prestigiosas —Teófilo Braga, Afonso Costa, Antonio José de Almeida, Bernardino Machado y Brito Camacho—, representativas de una burguesía urbana de alta cualificación profesional e intelectual. Empeñado en la transformación de las estructuras políticas, inició una dura persecución contra la Iglesia, identificada con el régimen monárquico. Sin

duda, las medidas anticlericales fueron las más inmediatas, amplias y contundentes del nuevo régimen. Se expulsó a los jesuitas, se disolvieron todas las órdenes religiosas, se autorizó el divorcio, se estableció la obligatoriedad del registro civil, se secularizaron los cementerios y en abril de 1911 se publicó una ley de separación que, además de separar, restringía la libertad de la Iglesia y la sometía al celo fiscalizador del Estado. Era, en suma, como ha puesto de manifiesto Fernando Catroga, la puesta en práctica de un proyecto de sociedad laica y descristianizada, verdadera «revolución cultural» que desde el punto de vista político correspondía a las expectativas e intereses de la minoría republicana de las ciudades, enfrentada al reto de controlar un país dominado por el conservadurismo y la tradición religiosa estrechamente unidos.

En el terreno social o de las estructuras socioeconómicas, no hubo, en cambio, el menor atisbo de cambio. La posibilidad de una reforma agraria ni siquiera se planteó. Algunos toques legislativos de vocación más filantrópica que social (abolición de títulos nobiliarios, legalización de la huelga —aunque mediante una regulación restrictiva del derecho a la misma—, leyes de inquilinato, de asistencia pública o el derecho al descanso semanal obligatorio) consumieron toda la carga socializante del republicanismo sin por ello solucionar la cuestión social. De esta manera, la oposición del movimiento sindical a los diferentes gobiernos republicanos iría en aumento, sobre todo tras la entrada de Portugal en la Guerra Mundial y la degradación paralela de las condiciones de vida de amplias capas sociales.

Una Asamblea Nacional elegida en mayo de 1911 y con una composición cien por cien republicana, alumbraría en agosto de ese mismo año una nueva Constitución que configuraba un sistema político de marcada «supremacía parlamentaria». La elección de Manuel de Arriaga como nuevo Jefe del Estado y la formación del primer Gobierno constitucional concluyeron el proceso de normalización institucional. Bandera e himno nuevos marcaron, junto con otros cambios más o menos emblemáticos (moneda, ortografía, calendario festivo, nombres de calles y plazas, monumentos públicos, etc.) un importante corte «psicológico» con el pasado.

Pero ni los tres primeros gobiernos de concentración, ni los posteriores de signo democrático evitaron que las esperanzas de «Octubre» en un camino de paz y regeneración fueran otra cosa que flor de un día. La humilde pero creciente fuerza del movimiento obrero desencadenó enseguida, como ya comentamos, una amplia e intensa ola de huelgas reivindicativas que encontraron la represión abierta del Gobierno. Por otro lado, la legislación secularizadora provocó no sólo la protesta y el rechazo de la jerarquía católica, sino que vino a actuar como un cuerpo extraño y lesivo en una sociedad en la que predominaban los sentimientos religiosos, granjeándose, como señala Braga da Cruz, el recelo y la oposición de muchos portugueses. El ejército, por su parte, comenzó enseguida a sentirse incómodo con los vientos radicales que soplaban de Lisboa y el poder estelar y partidista de la Guardia Nacional Republicana. Al mismo tiempo, la precoz y persistente conspiración de los partidarios del trono desestabilizó la vida de la

nación durante los primeros años del régimen. Por último, la división del propio republicanismo y las continuas rencillas entre sus líderes vino a agravar la situación de la vida pública, que se hizo inestable y tensa. Los gobiernos, de corta duración y a merced de incidentes parlamentarios a menudo ridículos y meramente personalistas, no eran capaces de desarrollar una labor constructiva y dotada de continuidad.

La política de Afonso Costa, con su particular radicalismo autoritario, aplicando sin contemplaciones las leyes anticlericales, reprimiendo la agitación obrera y consintiendo algunos escándalos financieros, sacó de quicio a los partidos oposicionistas y a diferentes grupos republicanos disconformes. El presidente de la República, queriendo evitar lo que podía abocar a un conflicto abierto entre las instituciones y el estamento castrense, decidió entregar el poder al general Joaquín Pimenta de Castro en enero de 1915. El objetivo era intentar sanear la vida pública poniendo fin a la tensión entre democráticos y opositores, acabar con el desorden callejero y organizar unas elecciones «imparciales». Pero Pimenta de Castro fue mucho más lejos que todo eso: impidió la apertura del Parlamento en la fecha prevista, suavizó la situación en que se hallaba colocada la Iglesia y concedió una amplia amnistía, franqueando el país y las puertas del Estado a los monárquicos.

La democracia republicana parecía en serio peligro. Los propios unionistas, que habían colaborado en el advenimiento de la dictadura, acabaron desenganchándose de Pimenta de Castro. Los democráticos, por su parte, pasaron a la ofensiva. El control que ejercían sobre las administraciones y los ayuntamientos les permitió echar un pulso al Gobierno incitando con éxito a la desobediencia civil. Finalmente, el 14 de mayo pusieron en la calle una nueva —y esta vez bastante cruenta— revolución que en 24 horas conseguía implantar «por segunda vez la República». Pimenta de Castro fue confinado en las Azores y Teófilo Braga sustituyó a Arriaga en la Jefatura del Estado durante los tres meses que restaban de mandato presidencial. Como era de esperar, la República fue de nuevo de los democráticos, que anularon la «obra de la dictadura» (amnistía de monárquicos incluida), depuraron la administración de adversarios, obtuvieron aplastante mayoría absoluta en ambas Cámaras en las elecciones del 13 de junio de 1915 y, en agosto, colocaron a Bernardino Machado al frente de la máxima institución republicana.

Desde el establecimiento de la República, el país, como observa Hipólito de la Torre, estaba instalado en una posición internacional más que delicada. En una Europa predominantemente dinástica, el nuevo régimen portugués, turbulento y radical, había suscitado el rechazo de las principales potencias, que tardaron casi un año en reconocerlo. Las relaciones con el Vaticano quedaron rotas hasta 1918 y la desestabilizadora contrarrevolución monárquica estuvo apoyada por España y gozó en cierta medida del respaldo moral de Inglaterra. Entre tanto, la Weltpolitik alemana había vuelto a poner sus ojos en las colonias portuguesas y conseguía arrastrar a Londres a un acuerdo para el eventual reparto del vasto imperio portugués en África. Conscientes los dirigentes republicanos del peligro colonial

y de la debilidad de la alianza inglesa, el estallido de la Guerra Mundial fue visto como un medio perfecto para despejar la sombría situación internacional del país. La intervención en la guerra junto a los aliados se consideró por una parte de la opinión pública republicana, encarnada sobre todo en el Partido Democrático, como la oportunidad histórica para realzar la personalidad de Portugal, sacudiéndose de encima la amenaza de otros países y el carácter subordinado de la tradicional relación con Londres. El idealismo republicano quiso ver además en la causa de los aliados la defensa de los mismos valores que habían triunfado el 5 de Octubre e imaginó que, unido el país en torno al «altar de la Patria», la República vería llegado el momento de su consolidación definitiva.

Pero la guerra, como afirma Ribeiro Lopes, fue enseguida foco de discordia, en vez de acicate de unión. Obreros y campesinos no compartieron en absoluto el entusiasmo por la lucha. Una gran parte del ejército consideró que iba a ser instrumentalizado para fines políticos; la gran mayoría de los monárquicos tenía inclinaciones germanófilas y hasta esperaba de la victoria alemana el posible regreso de la monarquía. Finalmente, un sector de la opinión republicana, correspondiente a las posiciones del Partido Unionista, sostenía que, a menos que Inglaterra demandase otra cosa, lo mejor para Portugal era permanecer al margen de la contienda.

Si Pimenta de Castro había enfriado el «ardor guerrero», los democráticos, caída la dictadura, pusieron todo su empeño, consumiendo así sus mayores esfuerzos, en conducir el país a la beligerancia. Alves da Fraga afirma que el objetivo intervencionista acaparó en exclusiva la política de Lisboa. Pero declarada la guerra efectiva contra Alemania en marzo de 1916, la idea de constituir un gabinete de guerra de amplia base nacional se reveló inviable. El llamado Gobierno de Unión Sagrada, presidido por Almeida, tan sólo congregaba a evolucionistas y democráticos, aunque eran estos últimos los que controlaban los ministerios clave y los que a partir de abril de 1917 constituyeron un nuevo gabinete monocolor y por tercera vez bajo la suprema dirección de Afonso Costa. Hubieron de realizar un esfuerzo ingente para colocar en Flandes un cuerpo de ejército —el llamado Cuerpo Expedicionario Portugués— de más de 50.000 hombres. Se había conseguido para Portugal un «lugar de honra» entre las naciones, pero el coste social y político se reveló enseguida muy alto.

El antibelicismo popular se reactivó inmediatamente; las desertiones fueron frecuentes y el embarco de tropas hubo de realizarse a menudo de forma clandestina. Crisis de subsistencias, carestía e inflación crecieron vertiginosamente, provocando revueltas de hambre en las ciudades y crecientes acciones reivindicativas de un sindicalismo cada vez más fuerte y escorado hacia posiciones radicales. En buena parte del ejército, como ya se indicó, las actitudes de rechazo a la guerra resultaban palpables. También la retaguardia política del país estaba minada: monárquicos, camachistas e independientes prosiguieron sus campañas antibelicistas, buscando instrumentalizar contra los democráticos el antiintervencionismo del pueblo y el malestar instalado en las Fuerzas Armadas.

A finales de 1917 el Gobierno de Costa se hallaba social y políticamente aislado: el país estaba en contra; lo estaba también un influyente segmento del republicanismo y la mayor parte de la oficialidad del Ejército. Y quizá lo más alarmante: las fieles masas urbanas, golpeadas sin piedad por la crisis económica, iban volviéndole la espalda a pasos agigantados.

Así las cosas, desde el otoño de 1917, en torno al unionismo volvió a fraguarse un golpe que saldría adelante gracias al empeño de Sidónio Pais, oficial del ejército y antiguo profesor de matemáticas en la Universidad de Coimbra. En la revuelta del 5 al 7 de diciembre de 1917 aparecieron por primera vez inequívocos rasgos de protagonismo institucional militar, combinado con un apoyo compacto de la población civil. El triunfo del golpe recogió la adhesión entusiasta y unánime de todos los sectores sociales y políticos, esperanzados con el final de la «tiranía demagógica».

Alzado por una fervorosa ola de aplauso popular, Pais, como revela la biografía de João Medina, pasó de espada del Partido Unionista a líder carismático de la nación. La referencia «antidemocrática» del movimiento de diciembre, sus pretensiones de conciliación nacional y el apoyo masivo del país conservador, dieron enseguida a la política sidonista un marcado carácter contrarrevolucionario: remitió el esfuerzo de guerra, la Iglesia salió de las catacumbas y los monárquicos y reaccionarios se aposentaron en los puestos claves de la administración y del ejército. En marzo-abril de 1918, como ponen de relieve los análisis de Freire Antunes, quedó establecida una nueva arquitectura institucional sobre la que buscó apoyarse el poder carismático del dictador: sistema presidencialista y partido de la nueva situación (Partido Nacional Republicano) con pretensiones de exclusividad en la representación nacional, todo lo cual vino a constituir un precoz ensayo fascitzante en la historia política europea. Proclamado Pais Presidente de la República, el «presidente-rey» gozó durante su breve mandato de una veneración popular rayana en la idolatría, ganando el corazón de un país imbuido de mesianismo y de resabios «sebastianistas». La propaganda oficial haría el resto.

Con todo, como señala Antonio Telo, la dictadura avanzó en medio de un aislamiento político cada vez mayor. El abandono de la Constitución de 1911 y los tintes reaccionarios del sidonismo espantaron enseguida a unionistas y evolucionistas. A su vez, los monárquicos —importante apoyo del régimen— pronto pudieron comprender que los principios republicanos de Pais no iban a transigir con la entrega del Estado y pasaron de la euforia a la expectativa primero y al distanciamiento después. Por último, en el interior del propio bloque institucional, Sidónio Pais encontró fragilidad y divisiones: entre sidonistas monárquicos y sidonistas republicanos, lanzados a la greña; y, dentro de estos últimos, amalgamados en el espurio partido de la dictadura, entre patrocinadores y adversarios de un régimen presidencialista.

Una frustrada tentativa de golpe democrático en octubre de 1918 y su correspondiente represión acabaron de romper por dentro el frágil soporte del sidonismo. Todas las fuerzas políticas comprendieron que la «República Nova» no

sobreviviría a la figura del «Jefe» y tomaron posiciones para un combate que se preveía inminente. El 14 de diciembre de 1918 Pais moría víctima de un atentado.

Desaparecido el dictador, se abrió un periodo de confusiónismo político. El 12 de enero de 1919 se producía en Santarem un golpe democrático; siete días después, en Oporto, un golpe militar, capitalizado por el monarquismo, aboca a la declaración de la Monarquía en el norte del país. El desafío monárquico, como señalan Hipólito de la Torre y Sánchez Cervelló, acabó con el imposible gobierno postsidonista de Tamagnini Barbosa y operó una prodigiosa reunificación de todos los grupos republicanos —sidonistas incluidos— que se concretaba en un Gabinete de concentración presidido por José Relvas para la defensa de la República amenazada. Vencida la revuelta de Oporto, volvió la «República Vieja» y con ella el predominio del Partido Democrático, el único que había sabido defenderla y el que mejor encarnaba sus valores y su significación.

Los años de postguerra abrieron, como es bien sabido, un periodo de penoso ajuste económico y de grave crisis social que, alentado también por la experiencia soviética de 1917, puso contra las cuerdas en muchos sitios el sistema de gobierno. Portugal no fue una excepción. El último tramo del régimen republicano estuvo caracterizado por un panorama de crisis endémica que acabó desembocando en el establecimiento de una dictadura que vendría a durar casi cincuenta años. La crisis se registra en todos los planos:

- a) Después del exagerado esfuerzo de guerra, la esperada victoria junto a los aliados sólo trajo desencanto y frustración. Mientras España, país neutral, formó parte del Consejo de la Sociedad de Naciones, Portugal, país beligerante, quedó fuera de él. Por otro lado, el imperio colonial portugués —si exceptuamos la devolución de Kionga— apenas varió.
- b) La economía y las finanzas del país, como señala entre otros Amado Mendes, conocieron sus peores momentos. Inflación, endeudamiento con Inglaterra y presupuestos cerrados con abultados déficits fueron algunos de los indicadores económicos.
- c) Las dificultades económicas y el influjo ideológico de la onda expansiva bolchevique dieron lugar a una aguda crisis social de postguerra. Las huelgas, atentados y asesinatos se suceden sin solución de continuidad provocando el temor de unas clases conservadoras que, como afirma Fernando Rosas, comenzarán a percibir en el Estado republicano un instrumento inservible para garantizar el orden y absorber el desafío de una sociedad conflictiva y cambiante. Frente a la creciente presión conspiratoria de estas «derechas» la República fue perdiendo la adhesión de los sectores que tradicionalmente la sostenían o la apuntalaban en los momentos críticos: la burguesía media y baja de las ciudades y los trabajadores. Éstos, definitivamente escarmentados, no volverán a echarse a la calle para defender al régimen; aquélla, integrada en su gran mayoría por funcionarios, oficinistas o empleados cuyos sueldos se desploman ante la inflación, van abandonando también el bastión desordenado —ahora más que nunca— e ineficiente del democratismo republicano.

- d) Por último, el paisaje partidario se modifica sustancialmente a partir de 1919, complicándose y degradándose. Los grandes líderes desaparecen de la escena y las agrupaciones políticas se tornan fluidas —en parte por la ausencia de jefaturas sólidas— complicando el panorama político, dificultando la estabilidad gubernativa y reflejando, en fin, la crisis del sistema.

Con este telón de fondo, la evolución política atravesó, grosso modo, cuatro tiempos:

1. Entre 1919 y finales de 1921, la inestabilidad alcanzó niveles culminantes, rematando en el pronunciamiento izquierdista del 19 de octubre de 1921 que derribó al Gobierno conservador de Antonio Granjo y generó una matanza de personalidades republicanas de signo moderado que alcanzó incluso al presidente del Gabinete caído y al fundador de la República, Machado Santos.
2. Desde febrero de 1922 a noviembre de 1923, Antonio María da Silva, que lidera el Partido Democrático, se mantiene en el poder al frente de tres gobiernos sucesivos. Es, con todo, una mera apariencia de normalidad que no logra encubrir el empantanamiento político y el hastío de la opinión.
3. Entre diciembre de 1923 y febrero de 1925 discurrieron los únicos intentos serios, salidos de disidencias democráticas, por regenerar la vida del país, buscando corregir el descalabro financiero y proyectando la acción gubernativa en sentido de una mayor aproximación a la demanda de los sectores sociales más desfavorecidos.
4. Dichos intentos zozobran, sin embargo, en la intrincada selva política y acaban siendo relevados por la «ortodoxia» democrática que, con Antonio María da Silva a la cabeza, se hallaba de nuevo en el poder cuando los militares dieron el golpe de gracia al liberalismo republicano.

Durante este tiempo, el ejército, cada vez más galanteado por los «regeneracionistas» de dentro y de fuera del recinto republicano para que despejara el «impasse» nacional, fue campo abonado para aventuras golpistas, a las que también incitaba la insatisfactoria situación socio-profesional del cuadro de oficiales. Aunque de signo político diferenciado, las frustradas tentativas de golpe militar en marzo, abril y julio de 1925, constituyeron un evidente anuncio —y así lo entrevió una buena parte de la sociedad— de lo que a la vuelta de unos meses acabaría por triunfar.

El movimiento que terminó con el régimen republicano fue un buen reflejo del estado de opinión del país: era amplio y gozaba de apoyo popular, si bien lo único que lo cohesionaba era el rechazo al «statu quo». La conspiración formaba un heterogéneo abanico de tendencias, de objetivos y hasta de ambiciones personales. Desencadenado el 28 de mayo de 1926 en Braga y pronto secundado por las principales guarniciones, el movimiento militar se extendió como mancha de aceite. Al día siguiente dimitía el Gobierno y el Jefe del Estado, tratando de

salvaguardar la legalidad y el régimen constitucionales, hizo entrega de la República al sector liberal y republicano de la conjura. De esta manera, el comandante Mendes Cabeçadas tomaba cuenta del Gobierno y de la propia Jefatura del Estado. Pero ni el sector derechista ni el ejército refrendaban este desenlace político. El 17 de junio un nuevo golpe de Estado expulsaba a Cabeçadas siendo sustituido en el Gobierno y en la Jefatura del Estado por el general Gomes da Costa. Su «dictadura» duraría 22 días. El viraje radical-monarquizante de Gomes da Costa era ir demasiado lejos y la respuesta no se hizo esperar: el día 9 de julio, el propio staff militar, instigado por el discreto coronel Sinel de Cordes, depuso a Gomes da Costa y colocó a Carmona en la cabeza del poder.

Descartadas en dos tiempos la solución liberal-reformista y la alternativa radical-monarquizante, la dictadura buscó abrirse paso hacia una zona más o menos neutra, de autoritarismo conservador. Pero en los dos años siguientes el poder distó mucho de estar consolidado. En ese tiempo, el problema de la organización y aún de la definición política de la dictadura continuaba en un «impasse». No obstante, el plebiscito que el 25 de marzo de 1928 elevó definitivamente a Carmona a la presidencia de la República, supuso un paso importante en la consolidación del poder. El 15 de abril, Carmona tomó posesión de la Jefatura del Estado y el 18 designó al coronel Vicente Freitas para constituir Gobierno. Cuando diez días más tarde Antonio Oliveira de Salazar entró en la cartera de Finanzas, la historia portuguesa, como señala Franco Nogueira, su principal biógrafo, abrió sus puertas a una nueva y muy diferente era.

SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

Tras la exposición y análisis de los hechos, la pregunta decisiva que asalta al historiador es la de por qué fracasa la Primera República en Portugal, cuáles fueron las causas fundamentales que explican esa resultante. En nuestra opinión, las más importantes serían las siguientes:

- 1ª. El agotamiento del Partido Democrático, envuelto al final en guerras intestinas e intereses personales. Guerra Junqueiro calificó a este partido como la única fuerza «viva e insoportable». Los favores del poder, los intereses creados a su sombra, el caciquismo, la corrupción del sistema electoral, su decisión en la lucha y en la elección de medios a emplear, hacían de él, en palabras de Cunha Leal, «el astro total en torno del cual giraban los otros partidos». En él residía, ciertamente, la esencia de la República. Pero única fuerza sólida del régimen, nadie pudo gobernar contra él o sin él. He aquí el insoluble círculo vicioso en el que se encierran ministerios democráticos, antidemocráticos y de concentración. Su agotamiento fue percibido por muchos como el agotamiento del régimen. Por otro lado, el republicanismo moderado fue incapaz de articular una sólida alternativa que estabilizara el régimen mediante la atracción de las

fuerzas conservadoras. Su radicalización en los últimos tiempos fue también un factor clave en la caída de la República.

- 2ª. La gran inestabilidad política, la mayor de toda Europa, que hizo que las clases medias —y, por supuesto, otros grupos sociales— acabaran identificando la política democrática con una crisis continua y recurrente. En 16 años hubo 7 presidencias de la República y casi 50 gobiernos diferentes. Sólo en el periodo comprendido entre enero de 1919 y mayo de 1926, se sucedieron 29 gobiernos, con una duración media de 3 meses. Además, se gobernó para una minoría de la población, no sólo por la falta de derechos electorales de la población analfabeta —la inmensa mayoría del país— y la consiguiente reducción del censo electoral —850.000 electores según la ley electoral de 1911 y tan sólo 400.000 según la de 1913, en un país con aproximadamente seis millones de habitantes—, sino porque en ocasiones se produjeron niveles de abstención muy altos. Y frecuentemente se gobernó, como señalan diversos autores, de una forma sectaria y caciquil, haciendo de las reglas de la vida democrática letra muerta.
- 3ª. La debilidad del poder civil para acabar con conspiraciones, pronunciamientos y golpes de Estado. No deja de llamar la atención el hecho de que el 46% de los primeros ministros fueron militares; se produjeron, además, 18 golpes de Estado y el Ejército fue «tutelador» de la mayoría de los gobiernos. En la Asamblea Constituyente de 1911 los 51 oficiales de las Fuerzas Armadas constituían el segundo grupo profesional más numeroso y desde Sidónio Pais a mayo de 1926, de los veinte gobiernos que hubo, doce fueron presididos por militares. Se podría decir sin exagerar que desde 1910 los militares no habían vuelto a los cuarteles. Y aunque el estamento castrense actuó de forma dividida —en sus filas había desde monárquicos a izquierdistas—, a medida que fue transcurriendo la República —y sobre todo en su última etapa— se decantará mayoritariamente hacia posiciones conservadoras.
- 4ª. El repudio del republicanismo hacia los católicos, perdiendo así el apoyo de las masas rurales y campesinas. Estudiosos como Braga da Cruz o Bonifacio Serra han señalado que las medidas contra la Iglesia y el catolicismo se aplicaron con extremo rigor, grangeándose así la animadversión —y el antirrepublicanismo— de muchos católicos. Por otro lado, la República fue un fenómeno casi exclusivamente urbano. «La provincia», como se llamaba al país rural, apenas contaba. Ésta se tomaría su revancha el 28 de mayo de 1926, levantándose contra Lisboa.
- 5ª. La ausencia de resultados palpables en el área económica. Hubo un lento progreso de la industrialización, la agricultura permaneció estancada, se manifestó una ligera regresión del comercio exterior y las inversiones en obras públicas fueron más bien escasas. En el fondo, como ha señalado Jaime Reis, la República no llegaría a alterar de forma significativa el modelo económico heredado de la Monarquía constitucional.

- 6ª. La frustración de las expectativas sociales de las capas bajas de la población, cuyas condiciones de vida no mejoraron. La pobreza, el analfabetismo y la emigración continuaron caracterizando la existencia de una inmensa mayoría de portugueses.
- 7ª. El predominio del anarquismo más violento en el conjunto del movimiento obrero. En muchas ocasiones, huelgas y revueltas desorganizaron o paralizaron la vida portuguesa. Acciones violentas, como las promovidas por la «Legión Roja», alarmaron al país, que vio en la amenaza de revolución social un motivo adicional nada desdeñable para echarse en brazos de propuestas o vías autoritarias.

Quizá, en conclusión, haya que dar la razón a Fernando Rosas cuando afirma que la Primera República «falló como tentativa de regeneración democratizante del liberalismo monárquico. Toda su historia es la historia del agitado proceso agónico del liberalismo portugués, ahora en final expresión republicana (...). El republicanismo portugués careció de una auténtica idea de Estado, de un proyecto político y económico autónomo y, en consecuencia, se mostró incapaz de aglutinar un bloque social de apoyo estable y estabilizador del nuevo sistema político». Lo que parece evidente, en todo caso, es que como resultado de la combinación de los factores antes mencionados, la sociedad portuguesa pasó de la esperanza al desencanto y el divorcio entre el Portugal oficial y el real no hizo sino ensancharse y profundizarse cada vez más. Finalmente, el país daría la espalda al régimen disponiéndose a esperar «un nuevo punto de partida redentor».

¿Y qué quedó de la República? ¿Cuál fue su legado? Al margen de su memoria histórica, que, como ya comentamos, permanecerá muy viva en el recuerdo —bueno o malo—, permeando las siguientes experiencias políticas e históricas del Portugal contemporáneo, cabría anotar las siguientes «aportaciones» republicanas:

- Algunos cambios de naturaleza demográfica, que podrían sintetizarse así:
 - a) Aumento general de la población que pasó de 5.960.056 en 1911 a 6.032.991 en 1920 —aumento muy pequeño, de 72.935 habitantes en diez años— y a 6.825.883 en 1930, con un ritmo de crecimiento muy elevado en esta década que Sacuntala de Miranda atribuye sobre todo al estancamiento de la emigración y al descenso en la mortalidad. A la altura de 1920, la esperanza de vida era de 32,2 años para los hombres y 35,8 para las mujeres (más baja que la inglesa de 1838 y parecida a la alemana de 1875). Al final de la década 1920-30 se alcanza una situación mucho mejor, con cifras de 46,5 y 50,6 respectivamente, muy próximas a las de España entonces.
 - b) Incremento de la emigración a Ultramar, sobre todo en la década 1910-20. Según Fernando Medeiros, en el primer tercio del siglo emigró un millón de portugueses, de los que aproximadamente 600.000 lo hicieron durante la República.
 - c) Crecimiento no excesivamente significativo de la población urbana: la población que vivía en aglomeraciones de más de 2.000 habitantes

pasó de 692.000 en 1890 a 1.230.000 en 1930. Portugal siguió teniendo un muy bajo índice urbano. De 1920 a 1930 el número de ciudades oficiales pasó de 30 a 36. En la década de 1920, Lisboa saltó de 484.000 a 592.000 habitantes en números redondos, siendo una época de las de mayor expansión de la capital.

- Ciertos cambios sociales. Aumentó especialmente la clase media (hasta un 29%), lo que fue unido a un fuerte incremento del sector terciario que pasó de un 19% en 1920 —el mismo porcentaje que en 1910— a un 37% en 1930. La población industrial apenas experimentó variación alguna, pasando de un 19,4 en 1900 a un 20,4 en 1930. La agricultura, como ya comentamos, siguió siendo el sector económico predominante en Portugal; la población activa a ella dedicada tan sólo descendió diez puntos entre 1900 y 1930, pasando de un 64,2% a un 54,2% en esas fechas.

Otros cambios sociales a tener en cuenta y relacionados con la tarea de secularización fueron la aprobación del divorcio, las leyes de familia y de registro civil o la equiparación de derechos del hombre con la mujer. No se solucionaron, sin embargo, las seculares desigualdades entre el norte y el sur, ni las condiciones de vida de las clases populares, las cuales siguieron destinando casi las tres cuartas partes de sus ingresos a la alimentación. Tampoco mejoró la situación de la educación en el país, dando lugar a uno de los mayores fiascos de la República. La escolarización de los niños y niñas entre 7 y 11 años era realmente muy baja, oscilando entre el 23-26% en 1920 y el 27-29% en 1930. El analfabetismo continuó siendo una de las lacras fundamentales del país. Si en 1911 la tasa de analfabetismo (en población de más de 7 años) era del 70%, en 1920 era aún del 66% y diez años después apenas había descendido hasta un sangrante 62%. Durante los años republicanos no llegaron al millar el número de escuelas construidas (5.305 en 1911 y 6.262 en 1926) y apenas aumentó tampoco el número de profesores de enseñanza primaria (7.809 en 1916 y 8.384 en 1926). Las tres universidades del país —Lisboa, Coimbra y Oporto— apenas rebasaban entre todas los 6.000 estudiantes.

- Una economía a la baja. Si bien en conjunto mejoró la vida de los obreros industriales —gracias en parte al reconocimiento del derecho a la huelga, la limitación de la jornada laboral, la creación del Ministerio de Trabajo y Asistencia Social, el establecimiento de la responsabilidad patronal en los accidentes laborales o la fundación de Juntas o Tribunales de Conciliación—, no hay que olvidar que estos trabajadores se localizaban en un 70% en Lisboa y Oporto. La agricultura siguió siendo extensiva y poco capitalizada, la industrialización resultó fallida y se mantuvo la dependencia económica del exterior. Por otro lado, la inflación y las subidas de impuestos se cebaron sobre las clases medias, que soportaron los continuos y abultados déficits de los presupuestos nacionales. Sobre un índice 100 en 1914, los precios pasaron a 335 en 1919 y a 2.399 en 1924, momento de máximo aumento del índice del coste de la vida. La economía portuguesa siguió descansando sobre lo de siempre: vinos, corcho, conservas de pescado, frutas y los exigüos ingresos coloniales.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Obras generales*

- AA.VV.: *Estudos de história contemporânea portuguesa*. Lisboa: Livros Horizonte, 1991.
- BIRMINGHAM, D.: *Historia de Portugal*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- COSTA PINTO, A.: *Portugal Contemporâneo*. Lisboa: D. Quixote, 2005.
- COSTA PINTO, A. (coord.): *Os Presidentes da República Portuguesa*. Lisboa: Temas e Debates, 2002.
- HALPERN PEREIRA, M.: *Política y Económia. Portugal e los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel, 1984.
- HERMANO SARAIVA, J. (dir.): *Historia de Portugal*, 6 vols. Lisboa: Alfa, 1983-1985.
- MATTOSO, J. (dir.): *História de Portugal*, 6 vols. Lisboa: Estampa, 1994-1996.
- MEDINA, J. (dir.): *História Contemporânea de Portugal*, 7 vols. Lisboa: Editions Forni/Multilar, 1988-1990.
- MIRANDA, S. de: *Portugal: o círculo vicioso da dependência (1890-1939)*. Lisboa: Teorema, 1987.
- OLIVEIRA MARQUES, A. H.: *História de Portugal*, 13ª ed., 3 vols. Lisboa: Presença, 1997-98.
- OLIVEIRA MARQUES, A. H.: *Guia da Primeira República Portuguesa*, 2ª ed. Lisboa: Estampa, 1997.
- PABÓN, J.: *La revolución portuguesa*, 2 vols. Madrid: Espasa-Calpe, 1941 y 1945.
- PAYNE, S. G.: *Breve Historia de Portugal*. Madrid: Playor, 1987.
- REIS, A. (dir.): *Portugal Contemporâneo*, 6 vols. Lisboa: Alfa, 1990-1992.
- RIBEIRO, O.: *Portugal. O Mediterrâneo e o Atlântico*. Lisboa: Livraria Sá da Costa, 1986.
- SÁ, V. de: *Época contemporânea portuguesa*. Lisboa: Livros Horizonte, 1981.
- SERRÃO, J. V.: *História de Portugal*, 12 vols. Lisboa: Verbo, 1977-1990.
- SERRÃO, J. V. e OLIVEIRA MARQUES, A. H.: *Nova História de Portugal*, 11 vols. Lisboa: Presença, 19987-1992.
- TEIXEIRA, N. S.: *Política Externa e Política de Defesa em Portugal. Estudos sobre o Século XX*. Lisboa: Livros Horizonte, 2003.
- TEIXEIRA, N. S.: *Portugal e a Guerra. História das intervenções militares portuguesas nos conflitos mundiais. Séculos XIX e XX*. Lisboa: Colibri, 1998.
- TENGARRINHA, J. M.: *Estudos de História Contemporânea de Portugal*. Lisboa: Caminho, 1983.
- TORRE, H. de la (Ed.): *España y Portugal (S. IX-XX). Vivencias históricas*. Madrid: Síntesis, 1998.
- TORRE, H. de la y SÁNCHEZ CERVELLÓ, J.: *Portugal en el siglo XX*. Madrid: Itsmo, 1992.

2. *Economía*

- CABRAL VILLaverDE, M.: *Portugal na alvorada do século XX. Forças sociais, poder político e crescimento económico de 1880 a 1914*. Lisboa: A Regra do Jogo, 1979.
- CASTRO, A. de: *A Economia portuguesa do século XX (1900-1925)*. Lisboa: Edições 70, 1979.
- HALPERN PEREIRA, M.: *Livre câmbio e desenvolvimento económico*. Lisboa: Sá de Costa, 1983.
- JUSTINO, D.: *A formação do espaço económico nacional, Portugal, 1810-1913*, 2 vols. Lisboa: Edições Vega, 1988.

- MATA, M. E.: *As finanças públicas portuguesas da Regeneração à Primeira Guerra Mundial*. Lisboa: Universidade Técnica de Lisboa, 1985.
- MATA, M. E.: *Câmbios e política cambial na economia portuguesa, 1891-1931*. Lisboa: 1987.
- MEDEIROS, F.: *A sociedade e a economia portuguesas nas origens do salazarismo*. Lisboa: A Regra do Jogo, 1978.
- NEVES, J. C.: «O desenvolvimento económico português e o padrão transversal de crescimento, 1833-1985», en *Análise Social*. núms. 112-113, 1991, pp. 312-358.
- NUNES, A.: «A evolução da estrutura, por sexos, da população activa em Portugal. Um indicador de crescimento económico», en *Análise Social*. núms. 112-113, 1991, pp. 78-105.
- OLIVEIRA MARQUES, A. H.: *A Primeira República. Alguns aspectos estruturais*. Lisboa: Livros Horizonte, 1980 (3ª ed.).
- REIS, J.: «A Produção Industrial Portuguesa, 1870-1914: primera estimativa de um índice», en *Análise Social*. nº 94, 1986, pp. 903-928.
- REIS, J.: *O atraso económico português em perspectiva histórica. Estudos sobre a economia portuguesa na segunda metade do século XIX, 1850-1930*. Lisboa: Imprensa Nacional, 1993.
- TEIXEIRA, N. S.: *Contributos para a política de Segurança Interna*. Lisboa: Ministério da Administração Interna, 2002.

3. *Sociedad y movimiento obrero*

- ALARCÃO, A.: *Mobilidade geográfica da população de Portugal. Migrações internas*. Lisboa: FCG, 1969.
- BRAGA DA CRUZ, M.: *Instituições pláticas e processos sociais*. Lisboa: Bertrand, 1996.
- CABRAL VILLAVERDE, M.: *O operariado nas vésperas da República (1909-1910)*. Lisboa: Ed. Presença, 1977.
- CARVALHO, D.: *Os sindicatos e a República burguesa (1910-1926)*. Lisboa: 1977.
- COSTA, R.: *Elementos para a História do Movimento Operário em Portugal (1870-1975)*. Lisboa: Assírio e Alvim, 1978.
- FONSECA, C. da: *História do Movimento Operário e das Ideias Socialistas em Portugal*, 4 vols. Lisboa: Europa-América, s. d. (1979).
- FREIRE, J.: «Os anarquistas portugueses na conjura do apósguerra», en *O Estado Novo das origens ao fim da autarcia, 1926-1959*. Lisboa: Fragmentos, 1987, vol. 2, pp. 9-26.
- FREIRE, J.: *Anarquistas e Operários*. Lisboa: Ed. Afrontamento, 1994.
- MEDEIROS, F.: «Grupos Domésticos e habitat rural no norte de Portugal (1908-1934)», en *Análise Social*. nº 95, 1987, pp. 549-587.
- MÓNICA, M. F.: *A formação da classe operária em Portugal (Antologia)*. Lisboa: Fundación C. Gulbekian, 1982.
- MÓNICA, M. F.: *O Movimento Socialista em Portugal (1875-1934)*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1985.
- NOGUEIRA, C.: *Notas para a História do Socialismo em Portugal*. Lisboa: Portugalíia, 1964-66.
- OLIVEIRA, C.: *O Socialismo em Portugal (1850-1900)*. Porto: Afrontamento, 1973.
- OLIVEIRA, C.: *O operariado e a República Democrática*. Lisboa: Seara Nova, 1974.

- PACHECO PEREIRA, J.: «Contribuição para a história do Partido Comunista Português na I República (1921-1926)», en *O movimento operário em Portugal*. núms. 67-69, julho-dezembro de 1981, pp. 658-697.
- RODRIGUES, E.: *Os anarquistas e os sindicatos. Portugal, (1911-1922)*. Lisboa: Sementeira, 1981.
- SILVA DIAS, G.: *Os primórdios da Maçonneria em Portugal*, 2 vols. Lisboa: Instituto Nacional de Investigação Científica, 1980.
- VIDIGAL, L.: *Cidadania, caciquismo e poder. Portugal, 1890-1916*. Lisboa: Livros Horizonte, 1988.
- VIEIRA, A.: *Para a história do Sindicalismo em Portugal*. Lisboa: Seara Nova, 1974.

4. Aspectos ideológicos y culturales

- BRAGA, T.: *História das ideias republicanas em Portugal (1880)*. Lisboa: Editorial Vega, 1982.
- BRAGA DA CRUZ, M.: *As origens da democracia cristã e o salazarismo*. Lisboa: Presença, 1980.
- CÂNDIDA PROENÇA, M.: *A reforma de Jaime Moniz: antecedentes e destino histórico*. Lisboa: Colibri, 1997.
- CÂNDIDA PROENÇA, M. (COORD.): *O Sistema de Ensino em Portugal (Séculos XIX-XX)*. Lisboa: Colibri, 1998.
- CARVALHO HOMEM, A.: *A Propaganda Republicana, 1870-1910*. Coimbra: Coimbra Editora Lda., 1990.
- CATROGA, F.: «Laicismo e questão religiosa em Portugal (1865-1911)», en *Análise Social*. vol. XXIV, nº 100, 1988, pp. 211-273.
- CATROGA, F.: *O republicanismo em Portugal da formação ao 5 de Outubro de 1910*, 2ª ed. Lisboa: Notícias, 2000.
- DIAS, J. J.: «A República e a Maçonneria (O recrutamento maçónico na eclosão da República Portuguesa)», en *Nova História*. nº 2, 1984.
- FARELO LOPES, F.: «O liberalismo decadente da Seara Nova (algumas hipóteses)», en *O fascismo em Portugal*. Lisboa: A Regra do Jogo, 1982, pp. 141-165.
- MACHADO, A. M.: *A Geração de 70. Uma revolução cultural e literária*. Lisboa: I.C.L.P., 1981.
- OLIVEIRA, M. de: *História eclesiástica de Portugal*. Lisboa: União Gráfica, 1968.
- RAMOS, R.: «A formação da intelligentsia portuguesa (1860-1880)», en *Análise Social*, núms. 116-117, 1992, pp. 483-528.
- RAMOS, R.: «A ideia republicana e a história da República em Portugal», en *Análise Social*. nº 115, 1992, pp. 229-239.
- SANTOS, R. dos: *Oito séculos de arte portuguesa*, 3 vols. Lisboa: Empresa Nacional de Publicidade, s. d.
- SARAIVA, A. J. y LOPES, O.: *História da literatura portuguesa*. Porto: Porto Editora, 1992.
- SOARES, M.: *As ideias Políticas e Sociais de Teófilo Braga*. Lisboa: 1950.
- TENGARRINHA, J.: *História da imprensa periódica portuguesa*. Lisboa: Editorial Caminho, 1989.

5. Política

- BAIÃO, M.: *Elites Políticas em Évora da I República à Ditadura Militar (1925-1926)*. Lisboa: Cosmos, 2000.

- CARRILHO, M.: *Forças Armadas e mudança política em Portugal no século XX. Para uma explicação do papel dos militares*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1985.
- COSTA PINTO, A.: *Os Camisas Azuis. Ideologia, elites e movimentos fascistas em Portugal, 1914-1915*. Lisboa: Estampa, 1994.
- ESTÊVAO, J. A.: *Obra política*. Lisboa: 1963.
- FARELO LOPES, F.: *Poder político e caciquismo na Primeira República Portuguesa*. Lisboa: Estampa, 1994.
- FERREIRA, D.: *História Política da Primeira República portuguesa*, 2 vols. Lisboa: Livros Horizonte, 1973 y 1981.
- FERRERIRA, J. M.: *O comportamento político dos militares. Forças armadas e regimes políticos em Portugal no século XX*. Lisboa: Ed. Estampa, 1992.
- OLIVEIRA MARTINS, J. P.: *Política e história*. Lisboa: Guimarães Editores, 1957.
- RAMOS, R.: «O fim da República», en *Análise Social*. vol. XXXIV, nº 153, 2000, pp. 1059-1082.
- REGO, R.: *História da República*. Lisboa: 1986.
- SERRÃO, J.: *Portugal: del Sebastianismo al Socialismo*. Madrid: Seminarios y Ediciones, 1970.
- SMITH, J. V.: *As relações políticas luso-britânicas, 1910-1916*. Lisboa: Livros Horizonte, 1975.
- TEIXEIRA, N. S. e COSTA PINTO, A. (coord.): *A Primeira República Portuguesa entre o Liberalismo e o Autoritarismo*. Lisboa: Colibri, 2000.
- TELO, A.: *Decadência e queda da Primeira República Portuguesa*, 2 vols. Lisboa: A Regra do Jogo, 1984.
- TORRE, H. de la: *Contra-revolução. Documentos para a História da Primeira República Portuguesa*. Lisboa: Perspectivas y Realidades, s.d. (1985).
- VIDIGAL, J.: *Cidadania, caciquismo e poder. Portugal, 1890-1916*. Lisboa: Horizonte, 1988.
- VOLOVICH, M. Ch.: «As organizações católicas perante o movimento operário em Portugal (1900-1912)», en *Análise Social*. nº 72, 1982, pp. 432-468.
- WHEELER, D. L.: *História Política de Portugal, 1910-1926*. Lisboa: Europa-América, s. d. (1985).

6. Sobres algunas etapas y episodios

- AA. VV.: *O Estado Novo, das origens ao fim da autarcia: 1926-1959*, 2 vols. Lisboa: Fragmentos, 1987.
- ALLEGRO, J. L.: *Para a História da Monarquia do Norte*. Amadora: Distribuição da Livraria Bertrand, 1988.
- ALVES DA FRAGA, M.: «A participação de Portugal na Grande Guerra», en *História Contemporânea de Portugal*. Primeira República, II, Lisboa, Ferni/Multilar, 1988, pp. 34-53.
- BAPTISTA, J.: *O Cinco de Outubro*. Lisboa: 1964.
- BRAGA DA CRUZ, M.: *Monárquicos e republicanos no Estado Novo*. Lisboa: Publicações D. Quijote, 1986.
- CASTRO, A. de: *A dominação inglesa em Portugal*. Porto: Afrontamento, 1974.
- DEROU, J.: *Les relations franco-portugaises (1910-1926)*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1986.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *Portugal en los años veinte: los orígenes del Estado Novo*. Valladolid: Universidad, 1996.

- FREIRE ANTUNES, J.: *A cadeira de Sidónio ou a memória do presidencialismo*. Lisboa: Europa-América, s.d. (1981).
- GONÇALVES DA SILVA, J. M.: *O Partido Reconstituente: clientelismo, faccionalismo e a escredibilização dos partidos políticos durante a Primeira República (1920-1923)*. Lisboa: Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa, 1996.
- GONÇALVES DA SILVA, J. M.: «O clientelismo partidário durante a I República: o caso do Partido Reconstituente (1920-1923)», en *Análise Social*. vol. XXXII, nº 140, 2000, pp. 31-74.
- MAGALHÃES GODINHO, V.: «A I Grande Guerra e a República Portuguesa», en *História*. nº 28, 2000, pp. 10-21.
- MEDINA, J.: «Sidonio Pais, chefe carismático», en *Revista da Faculdade de Letras*. nº 2, 5ª série, 1984, pp. 79-89.
- OLIVEIRA MARQUES, A. H.: *O segundo Governo Afonso Costa (1915-1916)*. Actas do Conselho de Ministros. Lisboa: Europa-América, 1974.
- PULIDO VALENTE, V.: *O poder e o povo. A revolução de 1910*, 2ª ed. Lisboa: Moraes, 1982.
- ROSAS, F.: «A crise do liberalismo e as origens do autoritarismo moderno e do Estado Novo em Portugal», en *Penélope*. nº 2, fevereiro, 1989, pp. 97-114.
- TEIXEIRA, N. S.: *O Ultimatum inglês. Política externa e política interna no Portugal de 1890*. Lisboa: Alfa, 1990.
- TEIXEIRA, N. S.: *O poder e a Guerra, 1914-1918: objectivos nacionais e estratégias políticas na entrada de Portugal na Grande Guerra*. Lisboa: Estampa, 1996.
- TEIXEIRA, N. S.: *L'entrée du Portugal dans la Grande Guerre. Objectifs nationaux et stratégies politiques*. París: Ed. Economica, 1998.
- TELO, A.: *O sidonismo e o movimento operário*. Lisboa: Ulmeiro, 1979.
- TORRE, H. de la: *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal, 1910-1919*. Madrid: Espasa-Calpe, 1983.
- TORRE, H. de la: *Do «perigo espanhol» à amizade peninsular. Portugal-Espanha, 1919-1930*. Lisboa: Estampa, 1985.
- TORRE, H. de la: «Algumas notas em torno da contrarevolução do 28 de Maio», en *O Estado Novo. Das origens ao fim da autarcia, 1926-1959*, vol. I. Lisboa: Fragmentos, 1987, pp. 165-177.
- VÁZQUEZ CUESTA, P.: *A Espanha ante o «Ultimatum»*. Lisboa: Horizonte, 1975.

7. *Biografías, memorias y recopilaciones de escritos*

- ABREU, G de: *Memórias Políticas*. Braga, 1960.
- COSTA, A.: *Discursos Parlamentarios*. Lisboa: Livraria Bertrand, 1977.
- COSTA, A.: *Correspondencia política*. Lisboa: Ed. Estampa, 1982.
- CUNHA LEAL, F. da: *As Minbas Memórias*. Lisboa: Edição do Autor, 1967.
- FRANCO NOGUEIRA, A.: *Salazar*, 2 vols, Coimbra: Atlântida Editora, y Porto: Livraria Civilização, 1977-1985.
- MEDINA, J.: *José Rodrigues Miguéis, cronista da crisis e queda da Primeira República. O seu romance o milagre segundo Salomé*. Lisboa: 2002.
- OLIVEIRA MARQUES, A. H.: *Afonso Costa*. Lisboa: Arcadia, 2ª ed., 1975.
- OLIVEIRA MARQUES, A. H. y MARQUES DA COSTA, F.: *Bernardino Machado*. Lisboa: Montanha, 1978.

- REIS TORGAL, L.: *António José de Almeida e a República: discurso de uma vida ou vida de um discurso*. Lisboa: Círculo de Leitores, 2004.
- RELVAS, J.: *Memórias Políticas*. Lisboa: Terra Livre, 1977.
- SANTOS, M.: *A revolução portuguesa (1907-1910)*. Lisboa: Assirio e Alvim, 1982.
- TEIXEIRA GOMES, M.: *Correspondência. Cartas para políticos e diplomatas*. Lisboa: ed. Castelo Branco Chaves, 1960.